

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

 Paquete de 30 ejemplares . . . 1'00 pta.
 Suscripción: España un trimestre . . . 1'00 »
 » Extranjero » . . . 1'50 »

La revolución en Méjico

Hace algún tiempo que la prensa burguesa europea, con rara unanimidad, dió por terminada la revolución que con tanto tesón sostienen los elementos liberales contra la infame tiranía del decrepito autócrata Porfirio Díaz.

En varias ocasiones nos hemos ocupado de la situación de Méjico y de los atropellos que se cometen para con todos los que manifiestan tendencias liberales, cuyos atropellos son llevados á cabo por la cohorte de vividores que vegetan alrededor del tirano.

Varios eran los motivos que los mexicanos tenían para lanzarse á la lucha armada, pero lo que les decidió definitivamente fué el reciente fusilamiento de obreros en masa.

Aunque la prensa desfiguró completamente los hechos de la revolución, dando como triunfos del tirano lo que eran sólo descabros, gracias al valor demostrado por los revolucionarios, podemos asegurar que lo que más fuerza da á la rebelión es el número de libertarios que constituyen el ejército libertador, los que al igual que en Portugal, y que en Barcelona durante la semana gloriosa, son el elemento más activo.

Varios compañeros nuestros han pagado ya con la vida su amor á la causa de la libertad, y entre ellos está Praxedis G. Guerrero, que unas veces con el fusil y otras con la pluma, era uno de los más decididos, y que, como verán nuestros lectores en la biografía que publicaremos en el próximo número, al igual que Tolstoi, Kropotkin y otros, abandonó sus riquezas para unirse á los proletarios y vivir y luchar con ellos.

El progreso de la revolución tomando pueblos, después de derrotar á sus defensores, y el carácter libertario que la misma toma, han sembrado el desconcierto entre los gobernantes, y el miedo al anarquismo, vengador de los fusilamientos de obreros, llegó á ser una obsesión en la mente de Porfirio Díaz. Al llegar emigrantes al puerto de Veracruz la Sanidad detenía á los sospechosos de anarquismo, suponiéndoles enfermos y enviándoles al hospital, de donde salían para el cementerio. Y los sayones del Gobierno mejicano jactábanse del modo original de impedir la entrada de anarquistas en la ciudad de Méjico, fregándolos en el puerto.

Faltaba un hombre que dirigiese el descontento general, la indignación de «la masa», y los atropellos electorales cometidos por Porfirio Díaz contra su contrincante Madero dieron un jefe á la insurrección, la cual está demostrando que Méjico no se aviene á ser una bueyada.

Madero tiene grandes simpatías y manda mucha fuerza, porque no es de los jefes revolucionarios que ven los toros desde la barrera, ni de los descamisados que buscan medro en una insurrección. Muy rico por su casa, y muy valeroso personalmente, Madero está exponiendo su vida y su fortuna en la actual revolución.

Y la revolución gana diariamente mucho terreno en Méjico, lo que se demuestra que la prensa, tal vez sobornada, no daba ninguna noticia del movimiento, y ahora, aunque muy lejos de la verdad, da algún dato.

Otra de las causas que contribuyen al incremento es que el Gobierno mejicano se ha entregado en brazos de los yanquis, que están esquiando al país, y da lugar á que la mayor parte de los trabajadores engrosen las filas insurrectas.

Nosotros, á la vez que manifestamos nuestras simpatías por la revolución, excitamos al numeroso elemento anarquista que en ella lucha á que no se limite á la derrota del tirano y sus corifeos, sino que llegue á la derrota del capital, que al fin y al cabo es el sostenedor de todas las tiranías.

La Anarquía

III

Las ideas socialistas

en la Internacional

Ya hemos visto el desarrollo de la idea anarquista, desde la Revolución francesa y desde Godwin hasta Proudhon. Sus desenvolvimientos siguientes se realizaron en la gran Asociación Internacional de los Trabajadores, que inspiró á los obreros tantas esperanzas y á los burgueses tanto terror en los años 1868-1870, hasta antes de la guerra franco-alemana.

Que esta Asociación no fué fundada por Marx, como dicen los marxistas, es evidente. Ella fué el resultado del encuentro, en 1862, en Londres, de una delegación de obreros franceses, que fué por segunda vez á visitar la Exposición Universal, con los representantes de las Unions de oficio inglesas (Trade-unions), á las cuales se unieron algunos radicales ingleses para recibir esta delegación. Los lazos establecidos en esta visita fueron cerrados en 1863, en ocasión de un mitin de simpatía por la Polonia, y la Asociación fué establecida definitivamente el año siguiente.

Ya en 1830 Robert Owen había ensayado de organizar una «Unión Internacional de todos los Oficios», al mismo tiempo que se fundaba en Inglaterra la Gran Unión Nacional de los Oficios (The Great National Trades Union).

Pero pronto la idea hubo de ser abandonada, á causa de las persecuciones salvajes empezadas por el Gobierno inglés contra la Unión Nacional.

Sin embargo, la idea no fué perdida, quedó latente en Inglaterra, y halló partidarios en Francia; y, después de la derrota de la Revolución de 1848, fué transportada por los refugiados franceses á los Estados Unidos y propagada allá abajo en un periódico, *La Internacional*.

En 1862 los obreros franceses idos á Londres eran, sobre todo, Mutualistas proudhonianos; los Tradeunionistas ingleses pertenecían, sobre todo, á la escuela de Robert Owen; el «Owenismo» inglés dió la mano al «Mutualismo» francés, y el resultado fué la creación de una fuerte organización internacional obrera, para combatir los patronos sobre el terreno económico y para romper, una vez por todas, con todos los partidos radicales puramente políticos.

En Marx y otros, esta unión de dos principales corrientes obreras socialistas de la época, halló el apoyo de la organización política secreta de los «Comunistas-materiales» una organización que representaba lo que quedaba todavía conservado de las sociedades secretas de Barbés y de Blanqui, las cuales, paralelamente á las sociedades secretas comunistas alemanas de Weitling, tenían su origen en la conspiración de los Comunistas autoritarios, organizados por Babouf en 1791-1795.

Yo conté en los *Temps Nouveaux*, en una serie de artículos publicados en 1903, cómo los años 1856-1862 fueron marcados por un admirable vuelo en las ciencias naturales y la filosofía. Aquellos fueron también los años durante los cuales hubo un despertar político general de las ideas radicales en Europa y en América. Aquellos dos movimientos despertaron también las masas de los trabajadores que empezaron á comprender que á ellos mismos incumbía la labor de preparar la revolución proletaria. La Exposición Internacional, de 1862 estaba representada como una grande fiesta de la industria mundial, que resultaría un nuevo punto de partida en las luchas del Trabajo por su emancipación; y entretanto la Asociación Internacional, anunciando altamente su ruptura con todos los antiguos partidos políticos y la resolución de los trabajadores de tomar ellos mismos en manos su liberación, debía necesariamente producir una profunda impresión.

La Internacional comenzó á extenderse rápidamente en los países latinos. Su fuerza de combate se hizo en seguida amenazadora, y al mismo tiempo los Congresos de sus Federaciones y los Congresos anuales de la Asociación entera ofrecieron ocasión de discutir en qué debe consistir y cómo podrá efectuarse la revolución social.

Por todas partes se esperaba que una gran revolución europea estallaría pronto. Sin embargo, no había ninguna idea, siquiera poco neta, concerniente á las formas políticas que la Revolución podría tomar, ni sobre los primeros pasos que ella había de hacer. Al contrario, varias corrientes opuestas de socialismo se reencontraban y se chocaban en el seno de la Internacional.

La idea dominante de la Asociación era la lucha directa del Trabajo contra el Capital sobre el terreno económico, es decir, la emancipación del Trabajo, no por una legislación en la cual consentiría la burguesía, sino por los trabajadores, arrancando ellos mismos las concesiones á los patronos y forzándoles un día á capitular.

Pero ¿cómo la liberación de los trabajadores del yugo capitalista podrá cumplirse? ¿Qué forma podría tomar la nueva organiza-

ción de la producción y del cambio? Sobre esto los socialistas estaban todos también divididos en 1864-1870, como lo estaban veinte años antes cuando los representantes de diversas escuelas socialistas se reencontraron en la Asamblea Constituyente de la República que residió en París en 1848.

Como sus predecesores franceses de 1848, cuyas diversas aspiraciones fueron bien resumidas por Considérant, en su libro «El Socialismo ante el Viejo Mundo», los socialistas de la Internacional no se reunieron bajo la bandera de una sola doctrina. Oscilaron entre varias soluciones y ninguna solución era todavía bastante justa ni bastante evidente para unir las tendencias, tanto más que todavía no se había roto con el respeto al capital y á la autoridad.

Demos, pues, una mirada sobre las diversas corrientes.

Había primero la herencia directa del Jacobinismo de la Gran Revolución — de la conspiración de Babouf —, es decir, las sociedades secretas de los «Comunistas materiales» franceses, de los Comunistas alemanes, fundadas por Weitling. Los unos y los otros vivían en las tradiciones del indómito (1) jacobinismo de 1793. Se sabe que en 1848 soñaron apoderarse un día del poder político del Estado, por medio de una conspiración — tal vez con la ayuda de un dictador — y establecer sobre el modelo de las sociedades jacobinas de 1793 (pero esta vez á beneficio de los trabajadores) «la dictadura del proletariado». Esta dictadura pensaban impondría el Comunismo por medio de la legislación.

Seguir propietario sería tan difícil en medio de toda suerte de leyes de restricción y de los impuestos, que los propietarios mismos se desbarazarían de sus propiedades y las entregarían al Estado. Entonces «ejércitos de labradores» serían enviados para cultivar los campos, y la producción industrial, hecha así por el Estado, sería organizada sobre la misma base militar (2). Las mismas ideas estaban esparcidas en la época de la fundación de la Internacional, y continuaron circulando bastante más tarde en Francia, entre los Blanquistas, y en Alemania en los Lasalianos y los socialdemócratas.

De otro lado los cooperadores de la escuela Robert Owen eran diametralmente opuestos á esas ideas jacobinas. Ellos se negaban en absoluto á tener que recurrir á la fuerza del Gobierno y contaban sobre todo para hacer la revolución y para establecer una sociedad socialista con la acción de las uniones de oficios. Los Owenistas ingleses no querían el comunismo; pero, como los fourieristas franceses, dieron una gran importancia á que las comunas y los grupos libremente constituidos y federados entre sí poseyeran en común la tierra y las fábricas que harían servir, así como los depósitos de objetos producidos por sus miembros. Ellos trabajarían — sea en común, sea aisladamente — según las necesidades de la producción, y la retribución por el trabajo en los grupos y la Communa, como por el cambio entre las comunas, sería hecho en bonos de trabajo. Estos representarían la cantidad de horas de trabajo empleadas por cada uno en la cultura communal y en los talleres y fábricas comunistas, ó bien pagados por la Communa por las mercancías aportadas á los depósitos comunales.

La misma idea de remuneración en bonos de trabajo estaba aceptada, como hemos visto, por Proudhon y los Mutualistas, quienes también repudiaban la intervención de la fuerza del Estado en la sociedad que surgiera de la revolución, fundándose en que lo que representa hoy el Estado en materia económica sería inútil por todos los cambios se operarían por intermediación de las Bancas del pueblo y las oficinas de descuento (Clearing houses) (3), mientras que la educación, los arreglos sanitarios, serían puestos en las manos de las comunas independientes.

La misma idea de bonos de trabajo reemplazados por la moneda para todos los cambios, pero acompañada de la idea del Estado convertido en propietario de todo el suelo, las minas, los ferrocarriles y las fábricas, había sido propagada en 1848 por dos escritores no-

tables (obstinadamente ignorados hoy por los socialistas), Pecqueur y Vidal, que dieron á su sistema el nombre de *colectivismo*. Pecqueur fué un miembro de la Asamblea Constituyente de 1848, y escribió en esta época todo un tratado notable sobre este asunto. El desarrollo su sistema en detalle lo mismo bajo la forma de leyes, que le habría bastado, según él, á la Asamblea, votar para realizar la revolución social.

En el momento de la fundación de la Internacional los nombres de Vidal y de Pecqueur parecían estar olvidados enteramente, lo mismo por sus contemporáneos, pero sus ideas estaban muy extendidas y ellas fueron pronto propagadas como nuevo descubrimiento «sobre todo por los alemanes, con el nombre de «Socialismo científico» de «Marxismo» y de «Colectivismo».

PEDRO KROPOTKINE

(Continuad)

Nota.—En el primer artículo, entre alguna falta sin importancia, debida á la mala letra del traductor y hacer el trabajo en malas condiciones, como clau por *clan*, hay una que quiero rectificar.

Al hablar de los Estados Unidos, dice: querer constituir una sociedad de una cierta extensión en una Monarquía en vez de decir que en una Monarquía.—N. del T.

Joaquín Costa

Como la inmensa mayoría de sus admiradores, desconozco la extensión de la calidad y de la cantidad de la obra de Costa.

Examinada y juzgada por los fragmentos en circulación, no por el conjunto metódico de sus obras, artículos y discursos, resulta ya grandiosa: crítica, censura, responsabilidad; y como consecuencia, acusación, sentencia y castigo; tomando como asunto las costumbres, la sociedad, la nación, el Estado; todo con admirable detalle, con precisión lógica, con evidente seguridad.

Pero Costa, imperfecto, como hombre, á pesar de su grandiosidad, padeció una equivocación que desvió su juicio y esterilizó su mentalidad.

Reconociendo la gravedad de la afirmación, procuraré demostrarla.

He aquí una afirmación capitalísima de Costa:

«Ha concluido el áureo reinado de los Augustos y empieza la férrea y homicida labor de los Trajanos y de los Teodosios. No será ya desde hoy el poder una satisfacción: será un sacrificio y una cruz. Quien no sienta vocación más que para el Capitolio; quien no vea en el poder sino sus esplendores, eso que de ordinario se ha mirado en él, un instrumento para decorar el miserable minuto presente del gobernante; quien no haya de gobernar por amor de Dios, puestos los ojos en la fosa y en el olvido que le aguardan para la hora siguiente, no nos sirve. Necesitamos en el Gobierno «impersonales»: Bismarks injertos en San Francisco de Asís, con más de San Francisco que de Bismark. ¿Los hay? Puede dudarse, aunque son muchos los que lo creen. Pero, de todos modos, no se lo preguntemos á nadie; inquirámoslo por nosotros mismos. Veamos si es verdad que hay un alma nueva en España y verbo que la sepa encarnar.»

Aquí está la equivocación de Costa: No hay, no ha habido, ni puede haber, ni habrá en la sucesión de los siglos un San Francisco Bismark autócrata ó dictador de una nación, ni menos de la humanidad, porque si el ser humano puede derivar hasta llegar á ser un San Francisco ó un Bismark, no puede llegar al imposible de reunir en un punto esos dos opuestos polos de la capacidad humana.

Costa que concibió ese pensamiento; Costa el inteligente, el austero, el incorruptible, en la integridad de su vitalidad é inteligencia hubiera sido incapaz de realizarlo.

No hablemos de los actuales caudillos, jefes ó jefecillos populares...

No; es inútil buscar un ser con forma de hombre y cualidades extrahumanas. En la Tebaida pueden hallarse hombres que practiquen el suicidio moral matando todas sus pasiones; pero no en el Capitolio, ni menos en estos tiempos en que la centralización del poder es inmensamente imposible. No puede existir, no ya el autócrata que resuelva á lo Felipe II los conflictos locales, regionales, nacionales, internacionales, coloniales, religiosos, filosóficos, científicos, económicos, industriales y otros mil que se presenten, sino ni el autócrata construido expreso por un Supremo Hacedor.

Costa lamenta la abulia popular y censura la inconsciencia de las clases directoras.

He ahí dos puntos importantísimos que

(1) *Ferouche*, bravo, indómito, montañés, huracán, bárbaro, feroz, salvaje. He adoptado la palabra *indómito* por crearla más propia á nuestro lenguaje.—N. del T.
 (2) Es interesante recordar que ideas parecidas sobre la agricultura del Estado, por medio de ejércitos de labradores, muy extendidas en aquella época, fueron también preconizadas por Napoleón III—entonces pretendiente á la presidencia de la República—, en un folleto sobre la «Extinción del proletariado».
 (3) Casas de justificación, de defensa, de desempeño, de arreglo.—N. del T.